

merarse Benito Juárez, á quien se vá á construir un monumento que costará á la nacion, si no recordamos mal, ni más ni menos de treinta mil pesos. Dios le tenga en su santa gloria; más lo que es á nosotros, ya nos tienen abrumados las contribuciones, con una parte de las cuales se ha de hacer este obsequio al difunto, y pagar además gruesas pensiones á todos sus huérfanos que han quedado verdaderamente en la miseria. Ni ¿qué les podía dejar su *ilustre* padre, que apenas disfrutó un sueldo de treinta y tantos mil pesos durante catorce años, fuera de otros gages que nunca faltan al que manda? Pero aun cuando hubiera sido una retribucion-cilla regular, sabido es cuántas y cuántas donaciones hizo para los hospitales, las cárceles, los hospicios y demas establecimientos de beneficencia.

Pues bien, este inclito génio debe con razon contarse entre nuestros héroes, aunque no sea mas que porque fué el progenitor legítimo de la Reforma. Lo que esto significa, más que saborlo la nacion, lo siente y lo experimenta: la Reforma, en efecto, es el punto de partida de esa granizada de felicidades, de ese aguacero de prosperidad y bienestar en que ya nos inundamos. El código de esas leyes *alimenta á la juventud, causa delito á la vejez, entretiene los ocios de los literatos, forma nuestro pasatiempo en el campo, y encanta las horas apacibles de nuestras vigiliás*. Es un manantial de goces para todos los caracteres y gustos. El que ama lo terrífico, que estudie los decretos de excomunión y sus tremendas penas: el que es aficionado á lo ageno, que lea los del remate y venta de los conventos; el que á lo sublime y tierno se inclina, no tiene mas que pasar la vista por esa arenga, digna de un apóstol, que deben dirigir los jueces del Registro Civil, tanto á los casados como á los amancebados.

No obstante ha de contarse desde la intervencion francesa hasta el establecimiento de la República, la época en que llegó al apogeo del heroismo este modesto vástago de la raza indígena. ¡Con qué orden, con qué tranquilidad y valor tomó entonces las de Villa Diego, echando en las alforjas la legalidad, con qué enérgia provino bajo severísimas penas á todos los empleados que le siguiesen en esta huida á Egipto, en quo él iba á representar el papel del niño Jesus, esperanza de Israel, amenazado de cruelísimo y próximo dogüello; como en

su prevision no dejó ni un centavo á la numerosa pléyade de servidores de la nacion que se figuraba formarían su cauda, para hacer ese azaroso viage, (aunque á decir verdad, si se les hubiesen abonado viáticos en propocion á los que á él y á otros abonaron, no habrian bastado los millones de la indemnizacion francesa á los prusianos); con qué donaire hubo de llegar, recibiendo espléndidas ovaciones de todos los pueblos, hasta Paso del Norte, donde se le reunieron veintidos nada menos que veintidos immaculados, expresion legítima de la voluntad nacional; cómo, arrojados del territorio los franceses, no por los veiatidos, entendámonos, sino por el ceño del Jupiter Tonante de los Estados-Unidos, regresó con el mismo valor con que habia salido; cómo antes de arribar á la metrópoli, se detuvo á una distancia respetuosa del cerro de las Campanas, en donde mandó levantar tres patibulos que constituyen la triple aureola de su inmortalidad; cómo en México se le preparó un recibimiento tan delirantemente entusiasta, que solo fuera asunto digno de la sublimidad de una epopeya; cómo se hizo en seguida reelegir presidente por dos veces, comprando la voluntad nacional á peso de oro; cómo, en fin, le sorprendió la muerte en el sillón presidencial de una manera inopinada! ¿Qué hará, pues, el artista encargado del monumento de á treinta mil, para simbolizar en él tanta grandeza y tanta gloria? Nosotros, aunque peregrinos en las bellas artes, le aconsejamos que le represente sentado en la silla que fué su conjunta persona, y asegurado en ella no solo con las manos, con los pies y con los dientes, sino con una docena de tornillos sin fin que taladren el cuerpo del héroe y atraviesen el respaldo y el asiento del ambicionado reclinatorio. Llevará tambien sobre la nivea frente, las tres fatídicas coronas que recuerden á la posteridad cuáles fueron sus mas distinguidas víctimas.

Quédanos un héroe en sal, que en gran parte dividió los triunfos y las hazañas de Benito Juárez y que acaso con mas títulos que éste, tiene derecho á ornar sus sienes con los tres laureles de las Campanas. De Ministro de Relaciones, pasó á rival del presidente, fuéle adversa la fortuna en la lucha electoral, á pesar de sus medios numismáticos; y en el asilo que se habia preparado en la Suprema Corte de Justicia, una noche vino á caerle encima